GUSTAVO JOSEPH



Fiesta di Minerva

1901







IMPRESIONES

DE UN EXTRANJERO

EN LA

FIESTA DE MINERVA

POR

GUSTAVO JOSEPH



GUATEMALA, 30 DE OCTUBRE DE 1901



IMPRESAS EN LA TIPOGRAFÍA NACIONAL



La Fiesta de Minerva

Cuán hermosa, cuán alegre, cuán espléndida ha sido la fiesta de Minerva, este festival tan simpático, dedicado á la juventud estudiosa.

Desde la mañana del día 27 de octubre, había una animación general en la capital; sobre todos los semblantes de tantos millares de habitantes, que se mezclaron en las calles, irradió una especie de contento; se veía que el público esperaba asistir á una fiesta, que eclipsaría, en pompa y en significación, á cualquiera otra de las bosquejadas en los anales de Guatemala.

A las 8 a. m. todos los alumnos de las escuelas de la capital, estaban reunidos en la Plaza de Armas, y acompañados de sus maestros y de millares de personas, se dirigieron al Hipódro-

mo. Allí el señor Presidente de la República, en medio de las aclamaciones de la muchedumbre, les pasó revista y después declaró solemnemente inaugurado el bello y majestuoso templo de Minerva.

Cuán imponente, cuán inolvidable fué el espectáculo que se presentó á mi vista, al contemplar á más de seis mil niños y niñas, vestidos de los colores celestes: el blanco y el azul, caminar al templo de Minerva con paso rítmico, al compás de una música marcial.

Qué impresión tan profunda me causó después, el verlos agrupados adentro y hacia los alrededores del templo y luego escuchar seis mil voces infantiles, que entonaban al unísono el dulce y grandioso himno nacional; un himno que esas almas inocentes elevaron á la ciencia; un himno que entonaron á la glorificación de la sabiduría!

Oyendo este himno, la muchedumbre electrizada se descubrió, estremecida por un entusiasmo espontáneo y por una especie de respeto religioso; y vi entonces lágrimas de tierna emoción brotar de los ojos de muchos, cuyas almas se sintieron emocionadas por tan grandioso espectáculo.

Todo el día fué de verdadera fiesta para los niños: sobre la verde yerba, que alfombra el círculo interior del Hipódromo algunos se entregaron á sus inocentes juegos y otros hicieron ejercicios gimnásticos; y cuando estaban cansados de tanto jugar, se sentaron bajo la sombra de una deliciosa enramada, en donde fueron obsequiados por el Gobierno con un sencillo *lunch;* mientras que el señor Presidente de la República invitaba á los maestros y á las maestras á un espléndido banquete, que en su honor se serviría.

Y allí, en el centro del campo del Hipódromo estaba erigido el templo de Minerva, hermoso en su arquitectura griega, imponente y majestuoso, como si quisiera decir á los que estaban contemplándole: "Aquí estoy, sólido y glorioso, como emblema de la ciencia; y la diosa Minerva, que engalana el bajo relieve de mi frontispicio, está aquí, como la eterna protectora de la instrucción, esta fiesta es el gran homenaje que se rinde á la juventud. Estudiad, oh! niños; desarrollad vuestras fuerzas físicas, nutrid vuestro cerebro con el pan de la ciencia. De este modo, por vuestra educación, seréis un día, hombres y mujeres fuertes é instruídos y de gran valor para vosotros mismos en la ruda lucha por la existencia, y por vuestra noble patria, como buenos ciudadanos."

Pero, la gran fiesta no fué solamente para los guatemaltecos: el mismo en-

tusiasmo se había difundido entre las colonias extranjeras; y para realzar el esplendor del festival, ellas habían construído, con derroche de lujo, cerca del campo del Hipódromo, algunos muy bellos Pabellones, característicos de sus respectivos países.

Allí, los italianos, esos hijos del arte, levantaron una casa pompeyana, imitación de las que el terrible Vesubio cubrió con una mortaja de lava y de cenizas, bajo cuya capa, las ruinas de la ciudad durmieron olvidadas é ignoradas en el misterio durante tántos siglos! Arriba del pórtico estaba colocada la loba legendaria alimentando á los dos gemelos, Rómulo y Remo, simbolizando así la fundación de la antigua Roma.

Los árabes del Líbano habían edificado una habitación turca, con cúpula y minarete, como las que, allí en Palestina fueron testigos de los acon-

tecimientos, ya tiernos y sencillos, ya terribles y sangrientos, de las hermosas leyendas bíblicas y de las hazañas de aquellos heroicos guerreros de las Cruzadas, quienes, llegados allí, desde las remotas playas del occidente, para arrancar el "santo sepulcro" de las manos de los osmanlis, inmolaron sin piedad á sus enemigos, al grito feroz de "Dios lo quiere."

La humilde pero preciosa casa belga, de estilo flamenco, era la reproducción exacta de las casas de aquel país lejano, tales como existen en la antigua ciudad de Amberes, desde el tiempo en que el inmortal Rubens y el incomparable Van Dyck produjeron sus obras maestras que, imperecederas, continúan siempre causando la admiración del mundo artístico.

Las Repúblicas Centroamericanas habían edificado también un espacioso *kiosko*, engalanado por sus escudos y

por sus banderas: allí flotaron al veleidoso capricho de los vientos, la bandera de las estrellas, la de las fajas azul y blanca y la de la ancha faja roja en medio de las demás, demostrando así que El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, quieren á Guatemala como á una tierna hermana.

La torre china se levantó sólida y esbelta, dominando, por su elevación, á todos los demás pabellones. Adentro estaba colocado el retrato del Emperador, venerado por sus súbditos como el hijo del Sol, uno de esos monarcas orientales, poderosos, misteriosos é invisibles, como un Dios oculto en su Tabernáculo. El interior estaba vistosamente engalanado con ligeras colgaduras de seda blanca, adornadas con pajaritos y florecillas multicolores, delicados y tiernos como los corazones de las sencillas hijas del Celeste Impe-

rio, cuyos dedos sutiles los habían bordado, allí en aquel país lejano y misterioso del remoto oriente. . . .

Cruzando la Avenida encontré el Pabellón de la colonia alemana, hermoso como un palacio, rica muestra del entusiasmo que por la simpática fiesta, tenían los rubios hijos de los antiguos Teutones, que habían abandonado las pintorescas orillas del majestuoso Rhin, para buscar una segunda patria en las márgenes del caudaloso Motagua.

A su lado estaba una graciosa miniatura de esos *chalets* suizos, que los *turistas* admiran en la patria del inmortal Guillermo Tell. Tan exacta era la reproducción, que parecía que, con vara mágica una fuerza sobrenatural había trasladado una de esas bellas casas, desde las orillas del lago de Lucerna, á las llanuras feraces de la hermosa Guatemala.

Y qué honda impresión me produjo el palacio azteca, levantado por la colonia mejicana: me imaginé vivir en esos remotos tiempos en que un lujoso Moctezuma y un valiente Tecum-Umán blandían el cetro antes de que vertieran su sangre, como infelices víctimas, inmoladas sobre el altar de la libertad; cuando los conquistadores llegaron á estas playas, ávidos del oro de los infelices aborígenes y perpetrando atroces crímenes en nombre de El, quien, antes de ser sacrificado sobre el Calvario, había predicado una religión tan tierna y tan suave.

Al lado del palacio azteca, se levantaba el Pabellón español, de estilo morisco. Parecía un rinconcito de la Alhambra de Granada, de este inmenso palacio moro, cuyo aspecto sombrío exterior ocultó lo más lujoso, lo más bello, que la voluptuosidad oriental podía desear, y cuya pérdida arrancó

tan amargas lágrimas al infortunado Boabdil, su último morador.

Vi la torre de la Bastilla de los franceses; y contemplando esas pardas paredes, cubiertas de verde yedra y agujereadas por ventanitas con rejas de hierro, me pareció oír todavía los gemidos y los sollozos de los infelices, que en aquella cárcel horrorosa estaban muriendo de dolor, víctimas de la más odiosa de las tiranías, de la tiranía de un déspota coronado; hasta el glorioso día en que la ira de un pueblo tan ultrajado y tan vilmente oprimido, la destruyera.

Finalmente, visité el pabellón Americano, magnífico, amplio y lujosamente adornado, luciendo, pintados sobre su frente, los instrumentos de su asombrosa industria; y arriba de una hermosa vista del puerto de Nueva York, con su puente colosal de Brooklyn, se levantaba erguida y orgullosa

la gigantesca estatua de la Libertad, iluminando al mundo.

El señor Presidente de la República, seguido de una comitiva de distinguidos personajes, después de haber distribuido los premios dedicados á los niños, visitó todos los Pabellones y en ellos fué objeto de la más cariñosa acogida, por parte de los miembros de las colonias extranjeras; y todos los discursos—vibrando de entusiasmo—ensalzaron la gran significación de la hermosa fiesta de la juventud estudiosa.

Durante todo el dia y en toda la noche, un verdadero río humano se dirigió por la Avenida del Hipódromo, á participar de la fiesta y á admirar una exhibición tan gloriosa y tan brillante. La muchedumbre inmensa, llena de entusiasmo por tan noble festival, se entregó á la más franca y culta alegría. Durante la noche, las

suaves notas de las orquestas y los sonidos melancólicos de las primitivas marimbas, invitaban al baile en todos los Pabellones. Las encantadoras flores centroamericanas, de ojos negros y de miradas lánguidas é irresistibles; y las rubias hijas del extranjero, revoloteaban como gentiles y veleidosas mariposas al compás de los valses melodiosos de Strauss.

Todo parecía contribuir al éxito de tan simpática fiesta; hasta la misma naturaleza pareció tomar parte en el festival de la juventud, en honor de la diosa de la Sabiduría: desde la madrugada, un sol deslumbrador habíase levantado glorioso en una aurora arrebolada, y durante la noche el disco plateado de la luna, flotando en un cielo despejado, salpicado de estrellas, derramó el torrente de su luz argentina, y su pálido rostro pareció sonreir de gozo á todo ese pueblo que se reunía allí tan entusiasmado.

Nada turbó aquella alegría: durante toda la fiesta ninguna nota discordante vino á ofuscar el paisaje hermoso y culto de ese festival; desde el principio hasta el fin reinaron una paz y un orden absolutos.

Loor al digno Gobernante de Guatemala, quien, instituyendo la fiesta de Minerva, ha demostrado así, que está convencido de esa gran verdad: "que todos los males que afligen á la Humanidad, emanan de la ignorancia de las masas!"

¡Loor al ilustre Presidente, Lic. don Manuel Estrada Cabrera, cuyos esfuerzos nobilísimos por el progreso de la instrucción de su pueblo, hiciéronle instituir la gran fiesta dedicada á la juventud!

Los historiadores de las naciones cantan siempre alabanzas á los reyes conquistadores, cuya única gloria ha consistido en oprimir á los débiles y en

arrancarles su sagrada libertad, sembrando por doquiera la desolación y la destrucción. Pero los laureles de estos déspotas son siempre manchados con la sangre de las infelices víctimas, que yacen sobre los campos de batalla y con las lágrimas amargas de tantas tiernas madres, que esperan en vano el regreso de sus hijos, sin saber siquiera en qué lugar olvidado duermen el sueño eterno.

Por el contrario, un Gobernante como el Presidente actual de Guatemala, cuya gloria consiste en mantener la dulce paz y en difundir la instrucción pública, cosecha laureles imperecederos é inmaculados; laureles gloriosos y eternamente frescos, que ninguna mancha podrá marchitar jámás.

"Oh! templo sublime de Minerva, te saludo con el alma rebosando de respeto y de admiración! Consérvate siempre sólido como la roca contra la

cual van á estrellarse las olas furibundas del océano, agitado por la tempestad; consérvate siempre imperecedero como la ciencia, de que eres emblema. Y tú, oh! noble nación guatemalteca, venera en tu templo de Minerva el amor al estudio y al progreso; jamás permitas que una mano reaccionaria y vándala se levante para profanarlo, y bendice á tu ilustre Gobernante que lo hizo erigir, para que la nación recuerde siempre, que el deber más sagrado de un Gobierno es proteger y difundir la instrucción del pueblo."





